

# Hamaca Time

**FEDERICO REYES HEROLES**

Tengo una hamaca. Cuelga de un cedro viejo y un muro noble. Varios árboles la abrazan. Una piñanona trepa por los troncos. Hojas elegantes la acompañan en silencio. La cúpula que cubre mi hamaca es de verdes distintos. Mi hamaca fue tejida en un telar de Guatemala. Es azul y roja. El tejido es suave y un poco grueso pero ventilado. Mi hamaca me espera. No hace ruido. No reclama. No consume gasolina. No necesita cambio de aceite. No paga impuestos, hasta ahora. Hay que guardarla cuando llueve. Como toda hamaca que se respete, cuenta con una reata para impulsarse.

Mi hamaca dista de ser perfecta. Cuando uno se mece jalando la reata, las cuerdas rechinan. He aprendido a contar los rechinidos. Así registro la tremenda velocidad que me mueve. Los rechinidos cambian con el ritmo y eso lo entretiene a uno.

Mi hamaca es muy codiciada. Cuando está vacía todos la miran. Pero, por fortuna, todavía en casa hay privilegios. El principal de ellos es que nadie me puede quitar mi hamaca. La comparto gustoso, alguien más se puede subir conmigo o usarla cuando no estoy. Pero, eso sí, todo tiene sus límites, una cuestión es ser generoso y otra muy distinta perder el derecho de hamaca.

En mi país en verdad hay sólo dos estaciones, creo que lo dijo Rulfo, la de secas y la de aguas. Por supuesto recomiendo usar la hamaca en la de secas, porque usar hamaca con paraguas no es elegante. La de secas dura de noviembre a mayo y aunque no llueve la diferencia de temperaturas es brutal, sobre todo para alguien que lleva sangre tropical en sus venas. En abril y mayo voy a mi hamaca con los

pies al aire, en camiseta, gozoso de la temperatura. Agradezco la sombra. En noviembre me tapo con una cobija. A veces me pongo un suéter para navegar en mi hamaca.

¿En qué consiste un viaje en hamaca? Allí está el detalle. La hamaca es un instrumento muy sutil de apaciguamiento, de invitación a la serenidad, de sosiego, es un instrumento de precisión. Si algo no quiere la hamaca es demasiado ajetreo. Por eso nos quita las fuerzas. Sólo nos movemos con algún costo. Supongamos que uno viene de la ciudad, alterado, muy ansioso, se trepa en la hamaca, le da unos tirones a la reata y de pronto ya está uno bamboleándose de un lado al otro. La hamaca no protesta, no nos dice nada. Nos tolera. En silencio hace lo que tiene que hacer: calmarnos. El ritmo siempre pierde fuerza. Volvemos a dar un tirón, de nuevo nos vence. Podemos dar cien, ella siempre nos ganará. Habiendo aceptado que la hamaca es reina pasa uno a gozar siendo súbdito. De pronto hay que someterse.

Estamos comiendo. Es tiempo de secas. Detrás de mí, a unos prudentes metros de distancia, está mi hamaca. No dice nada. Es día de gozo. Se da cuenta, estoy seguro. Algún vino embrujante pasa por la garganta. Todo llega a su clímax. Comienza el tiempo de ir al sosiego. “Hamaca Time”, digo, a sabiendas de que nadie puede usurpar mi derecho. Me llevo una copa de vino nada más para alarmar a los presentes. Me trepo sin zapatos. Calculo la distancia adecuada para poder atrapar la copa de viaje en viaje. Doy el primer tirón y mis ojos se van a las ramas de los árboles, van y vienen, mejor dicho voy y vengo. Algo de modorra me visita. El aire me refresca de ida en venida. La luz del sol se cuela entre las ramas. Todo se vuelve plácido, de pronto me voy.

Dormito unos minutos. Suficientes para sentirme de nuevo con fuerza. La hamaca no cobró un centavo, no hay que ponerle monedas. Gratis me quita las fuerzas de la alteración indebida. Uno sabe cuando comienza el tiempo de la hamaca. Rara vez sabe uno cuando termina. Una cosa me queda clara: en la vida tener una hamaca puede hacer la diferencia. ~